

La Universidad y los valores humanos

Enrique Kirberg

30 de Agosto, 1991

Queridos amigos:

El hecho de recibir este galardón después de tanta historia vivida, me impone un deber de gratitud hacia esta comunidad universitaria y llama a una reflexión sobre la humanidad y sus valores esenciales.

El hombre ha sido siempre un soñador. Quizás el más grande de sus sueños haya sido el de transformar su medio, su entorno, la sociedad, para hacer de ellos la proyección de su propia vida. La Universidad nació para acoger esos sueños y racionalizarlos, para que así el hombre colectivo dispusiese de la herramienta en la cual se afirmara su espíritu creador. La creación no reconoce fronteras ni sometimientos. Es en sí un canto de libertad.

En el medioevo la juventud estudiosa promovió la formación de las primeras universidades cuyos destinos regían. La primera ^{universidad} perdurable de la que tenemos evidencia es la Universidad de Bolonia, que celebró 900 años de vida en 1988. Esta surgió como "Univérsitas Scholárium", vale decir, un gremio de estudiantes que contrataban a sus maestros y regían por completo la vida académica. El Rector, elegido en claustro estudiantil era un estudiante. El Emperador Federico I Barbarroja le concedió privilegios a los escolares de Bolonia en 1158 por medio de una carta imperial que institucionalizó su regencia de la universidad.

El espíritu de nobleza y los más altos valores humanos se afincaron en la Universidad. Esta fue crisol del concepto de ética, afirmó la moral basada en la transformación progresiva del mundo, enseñó al hombre a mirarse a sí mismo y a su entorno con la rigurosidad del científico. Esta implacable

tentativa acarrió a los universitarios no sólo halagos, sino también persecuciones. Los espíritus oscuros llevaron a Juan Huss, Rector de la Universidad de Praga, hasta la hoguera. Era la Inquisición, la misma que hizo silenciar a Galileo, que cortó la lengua de Giordano Bruno, que prohibió la lectura de los libros de Euclides, que quiso, en suma, detener la historia deteniendo la Universidad. Se abatió sobre los claustros el poder feudal: la creación hubo de escapar de la universidad renacentista para poder florecer. Se cambió de nombre. Se llamó academia, escuela pero no se sometió. Importantes descubrimientos en Medicina vieron la luz allí, en experiencias que el poder condenaba.

Para que la creación se liberara era necesario un cambio mayor. Así se gestó el ideario de la Revolución Francesa. La monarquía absoluta había sido incapaz de responder a las necesidades materiales y espirituales de la sociedad. Poco a poco un nuevo concepto de universidad se abría paso. Una universidad donde nuevamente los valores humanos se ponían en el centro de las preocupaciones. El pensamiento crítico, la moral basada en la renovación social de los ideales de la revolución, la ética del servicio a la sociedad. Antoine Lavoisier, Jean Baptiste Fourier dejaron sus vidas en esta obra. Este torrente desembocó en la universidad napoleónica.

En aquellos tiempos por nuestras tierras flameaban las banderas de la lucha independentista. Los jóvenes que encabezaron nuestra liberación habrían de buscar en los ideales de los universitarios de Francia los fundamentos teóricos de su lucha, ya que los claustros de España en América Latina servían más a la dominación de la metrópoli que a la creación libertaria.

La moral transmitida como valor por las universidades españolas se basaba en preceptos de sumisión absoluta a la monarquía y la religión. La moral defendida por nuestros antepasados, era en cambio aquella de la liberación, que exigía del hombre un compromiso definitivo con el respeto a la vida humana, y sus inherentes valores, que autorizaba la lucha si ella permitía al hombre vivir y sacudir las ataduras de su sumisión.

En Chile, la corona había creado la Real Universidad de San Felipe en 1738, que comenzó en realidad a funcionar con diez cátedras el 11 de mayo de 1747. De esta famélica institución la historia patria apenas guarda un recuerdo. Es el destino que corren las instituciones impuestas y situadas al margen de los intereses de los pueblos que las albergan. La primera universidad nacional fue sin duda la Universidad de Chile. Vale la pena recordar aquí las palabras de su primer Rector, Don Andrés Bello:

“El programa de la universidad es enteramente chileno: si toma prestada a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria”.

Esta vocación nacional impregnó el nacimiento de nuestras más queridas instituciones educacionales. La llamada “casa de Bello” comenzó funcionando en el Instituto Nacional, “primer foco de luz de la nación” según reza su himno. Nuestro país se enorgullecía de su escuela, de sus maestros. En las aulas se acuñó el sentido de la calidad, del respeto al hombre y su creación

y un escrupuloso rigor que dieron señalado prestigio a nuestra educación. Hoy examinamos esta obra a mas de un siglo de distancia y nos preguntamos si la Universidad respondió entonces adecuadamente a los desafíos de su época y de nuestra nación. ¿Fue su trayectoria consecuente con su vocación primaria? ¿Cuál es en suma nuestra permanente misión?

Hacia fines del siglo XIX, Chile transformado en potencia económica, se entregaba a la voracidad de los inversionistas de ultramar. Fue el resultado de una cruenta guerra civil: los nuevos amos del país desertaban de su responsabilidad histórica de impulsar el desarrollo nacional en forma independiente. Nuestra cultura se vio así profundamente resentida. Pero la creación habría de encontrar su hogar en aquél de los más humildes, en las organizaciones obreras que acogían el canto de los poetas, que creaban los teatros populares, que fundaban escuelas técnicas y filármónicas^{las}. La universidad aún les escapaba, pero en los espíritus nobles del movimiento estudiantil germinaba la inquietud por el destino de este proletariado y en él se hacía carne la necesidad de apoyar a la organización de esta fuerza nueva.

Quizás la mayor contribución a la búsqueda de identidad de las universidades latinoamericanas se haya dado en este siglo, a partir del proceso iniciado en Córdoba. En él se caracterizó en forma cabal el compromiso de nuestras instituciones con la plena liberación continental. Los pueblos de América han nacido a la vida luchando contra la muerte que significa la dominación foránea y el oscurantismo. La universidad de principios de siglo en América Latina dependía de gobiernos libres pero no había servido de germen de esa liberación. Por esa razón la juventud de Córdoba gritó en

1918 su crítica a estas universidades que se sustraían a su responsabilidad histórica:

“(…) La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así el fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria(…)”

El movimiento de Córdoba triunfó porque junto a él marcharon los pasos de todo el movimiento social: los sindicatos, los gremios de trabajadores, las distintas agrupaciones estudiantiles de Argentina. Se encendió así una

antorcha que iluminaría la cultura libre del continente, propagándose estas ideas en una serie de congresos estudiantiles latinoamericanos. A este grito se sumó en nuestro país el de la generación del año veinte. La represión cobró vidas, entre ellas la del poeta José Domingo Gómez Rojas.

El hombre latinoamericano toma así conciencia de lo que significa su liberación. No basta tener la independencia económica o administrativa del imperio, sino que necesita también la plena libertad de su espíritu. La educación tiene entonces por misión esencial formar *hombres libres*. Y esto determina que ella sea parte fundamental del desarrollo independiente de la nación, fuera de toda traba o imposición ideológica foránea. El hombre libre aumenta su potencial creativo en forma colectiva. De aquí mana la necesidad de formar *ciudadanos conscientes*. La *ética* se mide en consecuencia con esta vara. La formación de *profesionales de las más alta calidad* es el imperativo de la Educación Superior. El universitario debe responder ante su país y su pueblo en primer lugar. La *moral* estará dictada por la dinámica de este proceso de liberación, vale decir comprometida con el progreso de la nación y de la especie.

La fundación de la Universidad Técnica del Estado se consiguió, en los años 40, como resultado de una campaña multitudinaria encabezada por los estudiantes de las escuelas técnicas superiores, apoyada por sus profesores, egresados, y por todas las fuerzas progresistas chilenas. Obtuvimos también el apoyo activo y decidido del movimiento sindical.

Fue necesario derrotar la oposición de las universidades tradicionales que se resistían a perder su monopolio sobre la ingeniería, y a la oposición de tipo

político de los sectores más reaccionarios que temblaban ante la idea de “una universidad para los humildes”. La creación de la UTE fue, así, el resultado de un movimiento de sello progresista de trascendencia nacional.

El espíritu de Córdoba se hizo carne en el movimiento universitario chileno. La represión impidió muchas veces que floreciera plenamente. Pero el movimiento social siguió su curso y se alimentó de estas ideas, incidiendo en un desarrollo superior de las mismas. Al comenzar la década de los sesenta comienza a consolidarse un concepto distinto de universidad en concordancia con las inquietudes que sacudían los claustros del mundo. Ninguna universidad chilena escapó al proceso conocido como Reforma.

La más profunda expresión de este proceso se alcanzó en la Universidad Técnica del Estado. Desde 1961 sus estudiantes comenzaron a preparar este proceso que finalmente eclosionó en 1967, para terminar abruptamente el 11 de Septiembre de 1973. La Reforma fue la conjunción de tres procesos históricos bien determinados:

- Por una parte, un proceso interno y consecuencia de la historia misma de la UTE: la necesidad de modernizar la universidad, de colocarla a la altura de sus congéneres tradicionales, de racionalizar tanto la estructura como sus funciones, de liberalizar y pluralizar su gobierno autocrático, de hacerla responder a las necesidades de todo el país.
- El segundo proceso, de naturaleza cultural global ~~que~~ recogía la influencia de fenómenos similares que se desencadenaban en distintas partes del mundo. De París a San Francisco, de Roma a Santiago, las esper-

anzas, los sueños, las banderas, las consignas, fueron los mismos.

- El tercer proceso fue nacional: la necesidad de construir un nuevo consenso democrático en Chile, uno que superara el entonces existente que se agotaba paulatinamente y que ya no representaba las aspiraciones y necesidades de vastos sectores de la población.

La historia de aquellos días permanece en la memoria de muchos de los presentes que fueron actores de ella. La voluntad de esa comunidad universitaria me honró al elegirme Rector de la Universidad Técnica del Estado. Juntos emprendimos un camino de creación nunca visto en Chile. Se ha dicho, y lo confirmo, que llegamos a atrevernos a todo. Llevamos la universidad a las minas, a las industrias, a los campos de Chile. El porcentaje de obreros, campesinos y jóvenes de origen obrero y campesino estudiando en la UTE subió de un 5% en 1968 a un 30% en 1973. El porcentaje de mujeres entre los estudiantes aumentó de un 6% en 1964 a un 31% en 1972. El número de académicos trabajando en investigación creció en un 220% entre 1967 y 1972. El número de estudiantes de la universidad subió de 9.000 en 1968 a 35.000 en 1973.

Se crearon 24 Institutos Tecnológicos en distintos puntos del territorio nacional que fueron cerrados por la intervención militar, sin advertir que el país muy luego se llenaría de instituciones similares, ahora privadas, pues su existencia correspondía a una necesidad económica, social e histórica.

Enviamos más de cien profesores a realizar estudios de postgrado al extranjero; firmamos más de 50 convenios de colaboración con industrias chile-

nas ; las sedes provinciales abordaron problemas reales de sus regiones, llevando a cabo proyectos de investigación aplicada y de desarrollo técnico, junto a incontables actividades de extensión cultural.

Abrimos nuestras puertas a los jóvenes mapuches, aymarás y pascuenses; ofrecimos becas a los hijos de miembros de las Fuerzas Armadas y contamos entre nuestros alumnos a numerosos oficiales y suboficiales; recibimos a jóvenes extranjeros que carecían de acceso a la educación superior en sus países.

Tal vez lo más importante de la experiencia de la UTE radica en la sostenida participación de los estudiantes en todas sus etapas. Los alumnos de las escuelas superiores técnicas impulsamos y obtuvimos la creación de la UTE en la década de los 40. La UTE fue creación de sus estudiantes. En alguna medida tuvo, en su gestación, algo de la "universitas scholárium" medioeval y más tarde también fueron los estudiantes de esta universidad los que impulsaron y encabezaron su transformación positiva en la reforma de los años 60 y comienzo de los 70.

Fueron los jóvenes de la UTE los que propusieron mi candidatura a Rector y me dieron su apoyo masivo, obtuve el 80% de los votos del claustro estudiantil. Luego, fueron los jóvenes mis más entusiastas, generosos y activos colaboradores, contribuyendo con valiosas ideas y trabajo incansable.

Estos son recuerdos imborrables que deberían formar parte del patrimonio de cada miembro de la USACH. Este recuento no es la expresión de un logro personal mío. Acaso fui tan sólo un catalizador. En esta casa cristalizó un trabajo de hombres libres que en forma comunitaria decidieron regir su

propio destino, creando para la patria la cultura de su independencia. Así floreció entre estos muros la expresión más plena de los valores humanos.

El desenlace de esta tentativa es de todos conocido. El golpe de Estado de 1973 significó una ruptura histórica de toda la institucionalidad chilena. La moderna inquisición cambió su nombre por el de *intervención*. Nunca antes los chilenos apreciamos más los *derechos humanos* porque a menudo se comprende cabalmente lo que se ha tenido en el momento de perderlo. El Informe de la Comisión Verdad y Reconciliación reveló parte de los atropellos cometidos. Hoy es un informe casi olvidado, la justicia tarda y no llega.

Dentro de dos semanas se cumplen 18 años desde que el Rector de la UTE fue sacado a culatazos de la Casa Central, semi destruída por la artillería, para iniciar un recorrido de dos años por cárceles y campos de concentración, seguido por doce años de exilio forzoso. Hoy esta universidad le abre sus puertas para otorgarle un alto honor. Esta es una buena señal que algo ha cambiado y que es posible revertir los efectos nefastos de la imposición dictatorial.

En esta Universidad detuvieron a Víctor Jara quien posteriormente fue fusilado. Existe un registro de 17 estudiantes asesinados de la UTE y de la USACH, 22 desaparecidos y 45 relegados. Hubo además cientos de apriisionados y torturados, numerosos suspendidos, expulsados y exiliados. Me temo que será difícil determinar el número total de víctimas de la dictadura en esta casa. Quiero al menos traer el recuerdo de un nombre, además de Víctor Jara, que los representa: Gregorio Mimiça, dirigente estudiantil, desaparecido pocos días después del golpe. Como él muchos dejaron la vida en

la defensa de los más altos valores de la creación y de los valores humanos. Un clima de temor se abatió sobre los claustros. Se exoneró a funcionarios y académicos. Como en la época de Juan Huss, al rector de esta casa de estudios se le arrestó y relegó, condenándolo luego al exilio forzoso.

Sin embargo, los hombres y mujeres que construyen la cultura de este país no se dejaron doblegar. Chile defendió su alma profunda con las armas de su creación. Primero, fueron los jóvenes, quienes a pocos días del golpe de Estado salieron valientemente a las calles a acompañar las exequias del poeta del pueblo, Pablo Neruda. Fue sin duda un acto de profunda significación simbólica y premonitoria. Durante muchos años la creación perseguida tuvo que refugiarse en instituciones extrauniversitarias. Se hizo costumbre la imposición de autoridades en las casas de estudios ¿Cuántos maestros prefirieron entonces callar? Pero no todos guardaron silencio. Las fuerzas intelectuales más vivas de la nación fueron alimentando nuevamente el crisol de la esperanza. La Universidad lentamente comenzó a ponerse de pié, hasta que un día la comunidad de la Universidad de Chile protagonizó la primera victoria de la dignidad al rechazar un rector impuesto cuyo apellido se identificó largo tiempo con el del dictador. Nada más apropiado que algunos versos de nuestro poeta Neruda para ilustrar la larga lucha contra la oscuridad que desarrollaron nuestros creadores:

La inteligencia con un hilo helado.

Fue detrás de la sangre hilando el día.

El papel repartió la miel desnuda.

Guardada en las tinieblas.

Un vuelo

de palomar salió de la pintura

con arrebol y azul ultramarino.

Y las lenguas del hombre se juntaron

en la primera ira, antes del canto.

Así con el sangriento

titán de piedra,

halcón encarnizado,

no sólo llegó sangre sino trigo.

La luz vino a pesar de los puñales.

No obstante, no hemos podido aún restablecer en Chile la plenitud de los valores defendidos tradicionalmente por nuestra Educación Superior.

En la perspectiva del fin de siglo que vivimos, este universitario que por decisión de su comunidad fue rector y que hoy recibe una vez más el gesto del reconocimiento de sus pares, sólo puede legar algunas inquietudes fundamentales. ¿Será la universidad nuevamente depositaria de los máximos valores humanos? Hoy se sigue pensando como en el período recién pasado que los universitarios no tienen ni el derecho ni la capacidad de pensar su futuro por sí mismos. ¿Se forjará en este crisol la moral de una sociedad más justa, hoy cuando una ley amenaza establecer en forma definitiva el becerro dorado del mercado como juez supremo de toda creación? ¿De que ética se reconocerán tantas instituciones creadas al amparo de una ley que prolonga los designios de un régimen dictatorial? ¿Qué garantía de pluralismo ideológico nos otorgarán todas estas instituciones privadas, dependientes, muchas de ellas, de

sostenedores que profesan en forma excluyente una única doctrina?

Señor Rector:

Agradezco profundamente la distinción que, por su intermedio, la Universidad me otorga y lo acepto con modestia en mi nombre y en el de ese numeroso grupo de académicos, estudiantes, funcionarios y egresados que trabajaron conmigo durante 5 fructíferos años por una universidad mejor. De esos colaboradores muchos ya ^{no} escucharán más, otros siguen en el exilio y otros, violentamente exonerados, aún golpean las puertas de la universidad y del gobierno en estériles esfuerzos.

Es un motivo de orgullo para este grupo y para mí que en los fundamentos de la Resolución de Rectoría por la que se me concede el grado de Doctor Honoris Causa y la medalla universitaria, se aluda a toda esa labor realizada y que, además, haya sido propuesta por la Federación de Estudiantes de la USACH como también por la Comisión de Reconciliación Universitaria y la Rectoría al Consejo de Distinciones. Y estoy informado que también lo ha solicitado la Asociación de Funcionarios. Para todos ellos nuestros agradecimientos y nuestro compromiso.

Le ruego considerar mi disposición de continuar colaborando con esta casa de estudios. En el umbral del siglo XXI el país enfrenta problemas que las universidades deben contribuir a resolver, tales como la contaminación del medio ambiente, la destrucción de la capa de ozono, la extinción de especies animales y vegetales, el racismo y la discriminación de minorías étnicas, la explotación de la mujer y el niño, la drogadicción, la extendida pobreza y la brecha entre los países desarrollados y el mal llamado "Tercer Mundo".

Pero sea cuáles fueren los desafíos planteados por el futuro, la USACH tiene una apasionante cantera de experiencia en su pasado a la que puede acudir libremente. El golpe de estado de 1973 puso término a la vibrante y ambiciosa jornada que habíamos emprendido. Acaso se acerque el momento en que esta universidad se replantee un destino mayor, al que tiene derecho por el peso de la historia que la respalda.

No olvidemos que en 1994 se cumplen 200 años ^{de la fundación} de la Escuela Politécnica de Paris, madre de la Escuela de Artes y Oficios y, por tanto, abuela de la UTE y de la USACH. Creo que, con toda propiedad, deberíamos tomar parte en las festividades de tal acontecimiento.

Queridos profesores, estudiantes, funcionarios y egresados: señoras y señores: ^{Agradezco su asistencia a este hermoso acto y sepan que} Esta distinción y esta condecoración que hoy recibo en mi propio corazón, es un extraordinario estímulo para todos aquellos que hoy luchan y se esmeran por recuperar niveles superiores en la universidad. Somos un país, al sur del mundo, con un pueblo que ha templado sus valores humanos al calor de siglos de lucha y que espera tener nuevamente la Educación ^{Superior} que se merece.

Una vez más, muchas gracias.